

**Sandra Gasparini, *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*
Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2012, 335 páginas.¹**

“¡Esas cosas que le gustan a Sandra...!” Todos los que la conocemos desde hace años a Sandra Gasparini seguramente habremos dicho o escuchado esa frase, casi con complicidad, casi a sus espaldas (“¡esas cosas que le gustan a Sandra!”), para referirnos a las acotaciones o comparaciones que tenía siempre listas para aportar desde otro lado, desde una experiencia de lectura francamente personal, a los intercambios más académicos o a las charlas más casuales sobre literatura. “Esas cosas” provenían de una suerte de anillo del mundo —al modo de un anillo planetario, como si nuestro sólido mundo también estuviera rodeado por el halo gaseoso de los grandes planetas— en el que lo real se confunde con sus propias fantasías, lo comprobado por la ciencia con sus conjeturas: un anillo hecho de hielo y de polvo en el que se corporizan los *espectros de la ciencia*...

Entre “esas cosas” —siempre tan excéntricas como acechantes— que formaban el universo de referencias de Sandra lograban convivir algunas de las historias zodiacales de Juan Filloy con las novelas de culto de Marcelo Cohen, con las innumerables traducciones de la editorial Minotauro, con el *ubik* de Philip Dick... Dramática o disparatadamente, ese universo particular pudo albergar al *Eternauta* de Oesterheld, pero sin quitarle jamás su lugar al profesor Neurus de García Ferré, que con sus malvados inventos hacía posible que Hijitus se convirtiera en nuestro módico superhéroe de la infancia. Porque así como Sandra ha insistido —en algunos avances de su trabajo y en el libro mismo— en la relación irreductible entre la Política y las políticas del género, no ha renunciado nunca a la fantasía infantil entendida como núcleo primordial de la ansiedad y del deseo en el que “esas cosas” encuentran mucho de su sentido. Y porque si Sandra nos incita a proyectar al pequeño héroe del *Viaje al centro de la Tierra* (mencionado varias veces a lo largo del libro) en el igualmente rebelde Ben Tennyson (o Ben 10, al que cita confianzudamente en la introducción), es porque la iniciación a la lectura que propiciaban las novelas de Julio Verne puede encontrar —en la particular, alternativa sincronía del anillo planetario— su equivalencia en la escena —igualmente mediática— en la que ahora su hijo disfruta (¡seguro que entendiéndolo más que ella!) la serie de Cartoon Network que va —si no me equivoco— por su exitosa séptima temporada.

Quiero decir con todo esto que el universo de referencias de Sandra exhibe una historia de lecturas que generalmente ha sido asociada a nociones como “literatura de culto”, a expresiones como “sectarios”, en referencia a los aficionados a cierto tipo de fantasy o a la ciencia ficción, e incluso a la idea de una literatura que muchas veces hace, de sus voraces lectores, verdaderos “iniciados”. En todo caso, se trata de un repertorio diferenciado, sobre todo para la academia (pensada —igual a como lo hace Sandra siguiendo a Foucault— en tanto heterotopía), en el que se destaca un pronunciado *gusto personal*, un particular *placer en la lectura*, que solo en algunas zonas (me) era fácilmente compartible. Hubo un momento en que “esas cosas” de Sandra (esas lecturas de iniciación a las que con el tiempo se les fueron agregando nuevos autores o textos afines) se convirtieron también en *objeto de investigación*.

Sandra cuenta al final de su libro que fue en un seminario interno de la cátedra de Literatura Argentina, en 1997, donde tuvo la posibilidad de conocer, a través de Cristina Iglesia, a Eduardo Holmberg. Probablemente se haya dado ahí esa inflexión que trazó una continuidad entre sus lecturas preferidas y el corpus de su investigación. Esa investigación, munida de tantas lecturas, hizo de Holmberg y de sus satélites literarios argentinos del último cuarto del siglo XIX el foco para discriminar, entre las tan diversas textualidades que vinculaban lo fantástico con los avances de la ciencia, el género de la *fantasía científica* en el que se concentra en su libro. Es esa investigación, entonces, uno de cuyos hitos fue la tesis doctoral que defendió Sandra en la Universidad de Buenos Aires, la que culmina, ahora, en *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*.

Claro que todo esto podría ser una información de corte biográfico simplemente anecdótica. Si no lo es, se debe a que esa *continuidad entre las preferencias personales de la lectura y la investigación académica* resulta fundamental para captar los alcances, en el campo de los estudios literarios locales, de *Espectros de la ciencia*.

En primer lugar, el libro propone una *renovación definitoria del corpus argentino decimonónico*. Casi siempre acotado a un elenco bastante estable de textos y autores —que podríamos condensar en Domingo F. Sarmiento y en el *Martín Fierro*—, el abordaje a la literatura del siglo XIX tiende a orientarse hacia unos pocos objetos, de preferencia de corte canónico, que circunstancialmente han admitido el ingreso de otros objetos que permitieron revisar la constitución del campo cultural (el mejor

¹ Se reproduce el texto leído como presentación del libro por Alejandra Laera el 23 de noviembre de 2012 en la Casa del Bicentenario, Ciudad de Buenos Aires.



ejemplo sería la consideración de la variante de género). En relación con esto, Sandra enfatiza en su libro el hecho de que ha decidido no abordar a los autores de fantasías científicas argentinas como precursores, ni a los textos como exponentes de un género menor. En cambio, lo que hace es proponer una *lectura genealógica* (o sea no historicista, como bien nos lo explicó Foucault). Ninguna minoridad, entonces, y por supuesto también —de entrada— ninguna condescendencia respecto del género y sus autores. De allí que junto con Holmberg aparezcan escritores menos conocidos como Carlos Monsalve o Carlos Olivera, pero también ¡reaparezcan! en otra estela Juan Manuela Gorriti y Lucio V. Mansilla, y hasta el propio Sarmiento. Más todavía: Sandra simplemente aclara su posición al respecto —no pierde tiempo en discutir prejuicios de género—, porque lo que le interesa es reponer un lugar para la fantasía científica, un lugar que había ido perdiendo con el tiempo, entiendo que probablemente por la tan alta eficacia de géneros que le eran afines (como la ciencia ficción) y que estuvieron en las décadas siguientes a su emergencia muy ligados con los medios masivos y el mercado.

En segundo lugar, junto con esta decisión política de evitar la historización y la categoría de precursor, así como de pasar por alto la discusión sobre la minoridad, Sandra propone establecer no solo una genealogía sino también un “sistema de reescrituras”. Esta decisión resulta fundamental, ya que le permite sortear el transitado esquema de centro y periferia para abordar la producción rioplatense (por ejemplo cuando pone en diálogo a Holmberg con Verne). En ese punto, y casi a modo de corolario, el libro conecta *naturalmente* la fantasía científica rioplatense con la literatura europea. A esto contribuye, asimismo, la elección de un grupo de matrices para leer el género que —por la vía de las nociones de lecturas, préstamos, repertorios disponibles y apropiaciones— van desde la figura del sabio extranjero o el mito del sabio loco al motivo del viaje extraordinario o a los motivos del avance tecnológico y el invento. Creo que esa elección, entre crítica y metodológica, le permite un ida y vuelta entre el Río de la Plata y Europa que nunca cae preso de comparaciones tan odiosas como inútiles.

Por otro lado, me parece importante destacar una serie de cuestiones de diverso orden que acompañan la revisión del canon literario a la que hice referencia. En los estudios literarios de las dos últimas décadas esa revisión ha asumido, preferentemente, una perspectiva deudora de la historia cultural. Así, han sido relevados aspectos del campo literario vinculados con la historia de la prensa, con la literatura popular, con la historia de la lectura, entre otros. En cambio, un rasgo del libro de Sandra es que su sede —como habrá podido inferirse hasta acá— no deja nunca de ser patentemente literaria; de hecho, toda información o saber propio de otra disciplina —y abundan porque Sandra abrevó tanto en la prensa periódica como en la historia de la ciencia y en la historia de las instituciones— ingresa en función de una mejor comprensión de la fantasía científica. En ese sentido, todo relevamiento de la cultura material del período sirve para abreviar en esa comprensión antes que para revisar el relato que de la época se conocía hasta entonces. Es por esa vía que surge otra cuestión importante (y que confieso me interesa muy especialmente): al datar Sandra la emergencia del género a mediados de la década del 70 permite repensar también en términos más generales —aun cuando ella no avanza en esa dirección— la emergencia de la novela en la Argentina fuera de la serie realista, así como rever los modelos alternativos que activaron por entonces a la ficción (tan renuente, como es conocido, en la literatura argentina del XIX). En este punto, se hace evidente otro de los puntos fuertes de estos *Espectros de la ciencia*. Al imbricar la emergencia del género con sus condiciones de enunciación y al poner en estrecha relación tanto la coyuntura política como la institucionalización de la ciencia, Sandra hace un cruce aun más novedoso: porque esa imbricación la lleva a cruzar y superponer debates políticos con debates científicos y leer el conjunto, encima, en dimensión teórica, esto es, a la luz de las discusiones sobre la verosimilitud, sobre los sentidos de lo fantástico y de la fantasía... De este modo, Sandra arma, para leer las discusiones de la época, una serie en la que el principio activo es la ciencia (y no primero la política o la modernización cultural o la inmigración o las prácticas de la élite). Solo que su actor principal es un hombre de ciencias como Holmberg, que eligió dirimir en la ficción y a través del género de la fantasía científica buena parte de esos debates. Yo diría que hay ahí, a la vez, una entrada para leer las disputas sobre las verdades de la ciencia y las disputas alrededor de los sentidos de la ficción. Implícitamente, Sandra nos ofrece, para los que trabajamos con la literatura (y los que, sobre todo, todavía apostamos por ella), un ejemplo de aquellos tiempos en los que había una confianza en los poderes de la ficción: poder para intervenir en los debates contemporáneos de manera tan válida y legítima como si se lo hiciera desde el ensayo; y también poder pedagógico para enseñarle al público cuáles eran los progresos de la ciencia que alentaban el imaginario de la modernización.

Por último me gustaría decir por qué el libro de Sandra tiene todas las condiciones para convertirse en bibliografía obligatoria sobre el tema que trata y sobre la literatura argentina del siglo XIX en general. Es que Sandra arma un estudio que organiza, tipologiza, pone en dimensión teórica el corpus de la fantasía científica. No es un libro —¡casi como si estuviera armado a contrapelo de su objeto!— jugado a la conjetura o la hipótesis, sino a la afirmación de la emergencia de un género con todas sus posibilidades. En un cierto sentido, *Espectros de la ciencia* no deja de narrar desde otra perspectiva —descentrada solo

desde una mirada contemporánea— el campo cultural del último cuarto del siglo XIX y los procesos de modernización que atravesaron esas décadas. Pero su gran apuesta no es el relato sino la puesta en escena de un conjunto de figuras, textos, instituciones y debates, y su *explicación*. *Espectros de la ciencia* explica aquello que a los profanos nos resulta inexplicable, y releva diferencias, matices, contrastes que sin su iluminación no podríamos distinguir. Compone la escena y nos la explica, igual a como debe explicarnos cómo funcionan esos textos en los que abundan viajes en el espacio y en el tiempo, autómatas, telepatías varias, fenómenos de magnetismo y de mesmerización, junto con autorreferencias a veces indescifrables (sobre todo en los nombres propios de la ficción que juegan con los de la realidad) y polémicas súper específicas (entre transformistas y antitransformistas, entre el imaginario de Burmeister y la estela darwinista, entre la ciencia de gabinete y la de la intervención)...

La pregunta que responde Sandra, creo yo —y un poco como replicando el subtítulo de una de las novelas de Holmberg— es: *¿cómo funciona el juguete?, ¿cuál es el mecanismo que lo pone en acción?*

En *Frankenweenie* (2012), de Tim Burton, el protagonista es un niño aprendiz de científico que aprende de su maestro de ciencias algo fundamental sobre la relación entre la ciencia y la vida. Cuando se muere su perro, el niño decide poner en práctica un posible experimento científico y decide, justamente, devolverlo a la vida. Para ello, busca el cuerpo muerto del perro en el cementerio de animales y mediante una serie de intrincadas conexiones le hace recibir los rayos que caen en un noche de tormenta. El perro parece no responder, pero después de una lágrima del niño que cae sobre su cuerpo, se anima y revive. El perro —en la ficción científica de Burton— es un pequeño y simpático Frankenstein hecho de retazos y remiendos pero con la misma sensibilidad que tuviera en vida, aunque todos lo vean ahora diferente. Unos días después, a pedido de sus compañeros de colegio, el niño debe repetir el experimento para revivir otros animales, aunque solo por ambición o por mera diversión de sus compañeritos, pero todos esos experimentos salen mal: resultan animales invisibles, pequeñas monstruosidades, bichos vampirizados... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué el experimento ya no funciona?

Querría terminar con la escena en la que el niño se dirige a su polémico maestro de ciencias, a quienes las autoridades de la escuela han echado por exigencia de los padres, para preguntarle en qué se ha equivocado. Y el profesor, que ve un poco más allá de la comprobación científica (y cuyo rostro evoca el del inolvidable Christopher Lee) le dice: “La ciencia también necesita de esto (señalando su corazón) para poder funcionar. El primer experimento lo hiciste con amor y por eso te salió bien, pero el otro... ¿también?”. Entonces el niño, un pequeño Víctor Frankenstein, responde: “No, no, el otro lo hice... simplemente por hacerlo.” Acaso podamos leer en esta breve escena —y en el marco que nos ofrece *Espectros de la ciencia*— una modesta pero veraz alegoría de la literatura de Holmberg que nos devuelve Sandra Gasparini y, por lo tanto, de las elecciones y los deseos de la crítica literaria.

Alejandra Laera